¡Vayamos, Mamá!

La insistencia de un niño cambia la vida de su madre.

DATOS DE INTERÉS

☛ Kazajstán se encuentra en el centro de Asia, al sur de Rusia.

☛ El país es seco, con poca lluvia; dos tercios del territorio es desértico. Los veranos son calientes y los inviernos muy fríos, con temperaturas bajo cero. Durante el invierno, la mayor parte del país está cubierto de nieve.

☛ Hay más de 15 millones de habitantes, de los cuales la mayoría son mahometanos. Y sólo unos pocos cientos de personas son adventistas.

☛ La mayor parte de los aldeanos viven en pequeñas casas de ladrillos, con electricidad, pero sin agua. La mayor parte de los que habitan en la ciudad, viven en departamentos que fueron construidos en la época del comunismo.

La historia de hoy viene de un país llamado Kazajstán. *[Localice Kazajstán en el mapa.]*

El pastor Alexander se encontraba cerca de la puerta de la sala de juntas para saludar a todos los que habían asistido esa tarde a las conferencias evangelísticas. Una mujer y su hijo se le acercaron. Mientras el pastor le daba la mano a la señora, ella comentó algo muy extraño.

—Yo no creo en Dios. Vine porque mi hijo, Sergey, me rogó que lo trajera.

Habiendo dicho eso, la mujer se fue.

La noche siguiente, el pastor recorrió todo el auditorio con la mirada y descubrió que la señora y su hijo se encontraban sentados atrás. Les sonrió, esperando que lo vieran. Después del sermón, los buscó para agradecerles por haber regresado esa noche.

Sergey y su madre regresaron todas las noches. El pastor Alexander observó que la mamá de Sergey escribía en una libreta mientras él predicaba. ¿Escribía cartas para amigos, o simplemente dibujaba algo para no prestar atención? Después del servicio vio la libreta en la que escribía y notó que ella tomaba apuntes de sus predicaciones. Una vez más le sonrió y les dio las gracias por haber venido.

La invitación

Una tarde, el pastor le preguntó a Sergey cuál era la razón por haber querido asistir a las conferencias.

—Un día, mientras caminábamos, vimos a una señora y su hijo parados en una esquina y el niño me extendió una invitación, le explicó Sergey. Las conferencias me interesaron y le pedí a mi mamá que me trajera. Mi mamá, al leer la invitación, dijo que se trataba de religión, y que ella no quería saber nada de eso porque no creía en Dios.

«¡Me gustó mucho la conferencia esa noche! Los cantos me hicieron muy feliz y las fotos que enseñó eran tan interesantes. Le rogué a mi mamá que me volviera a traer la noche siguiente, y desde entonces hemos venido todas las tardes.» Sergey miró a su madre y sonrió, y el pastor Alexander pensó también haber notado una pequeña señal de una sonrisa en el rostro de la mamá de Sergey.

Las oraciones conmueven los corazones

La siguiente tarde, el pastor Alexander les contó a los hermanos de la iglesia acerca de Sergey y su madre y la invitación del niño parado en la esquina. Los miembros de la iglesia se pusieron de acuerdo para orar por la mamá de Sergey, y pedirle a Dios que le mostrara que él es un ser real y que también la ama.

Noche tras noche, Sergey y su mamá volvían a las reuniones, y el pastor veía que cada vez la señora tomaba apuntes. Una noche, Alexander invitó a ponerse de pie a todos los que quisieran entregar sus vidas a Cristo. Esa noche, muchas personas que quisieron aceptar al Señor como su Salvador, se pusieron de pie. ¡Entre los que se levantaron, se encontraban Sergey y su madre! Qué alegría le dio al pastor Alexander, ver que los dos habían aceptado entregar sus vidas a Cristo.

Los nuevos creyentes estudiaron la Biblia, con los demás miembros de la iglesia, por algunas semanas. Cuando llegó la hora de los primeros bautismos, la mamá de Sergey estaba lista. Todos fueron bautizados en un gran río.

Después del bautismo, Alexander encontró a Sergey y le dijo:

—Gracias por haber traído a tu mamá a las conferencias. Es por ti que ella ha comenzado una nueva vida en Jesús. Pronto tendrás la edad suficiente para ser bautizado, pero ya has sido un misionero de Dios con haber traído a tu madre para aprender a conocerlo.

Una gran sonrisa se dibujó en la cara de Sergey al decir:

—¿De verdad? ¡Me gusta mucho ser misionero!

Niños y niñas, Dios quiere que todos seamos misioneros. Podemos invitar a nuestros tíos y tías, primos, y vecinos para aprender de Dios. Podemos invitarlos a eventos especiales en la iglesia, e incluso en nuestras casas. Podemos orar por ellos y decirles que Jesús los ama. Y si obedecemos alegremente a nuestros padres y maestros, los demás se darán cuenta de que nuestras vidas son diferentes, y querrán saber por qué somos tan felices. Y les podremos decir: «¡Es Jesús quien produce la diferencia en mí!»